



SIMÓN BOLÍVAR: MALENTENDIDOS PREÑADOS DE BUENAS INTENCIONES

Alejandro Cardozo Uzcátegui

La construcción de un héroe,
la construcción de una historiografía

Sentenciaba Hegel, en alguna parte de su *Filosofía de la Historia Universal*, que los pueblos no pueden ni deben ir detrás del caballo o encima de los hombros de sus “héroes”, pues esto sería como una especie de fatalidad histórica ineludible. Está claro que “héroes” para el filósofo eran Napoleón o Alexandre III... o Julio César, “heroísmos” que apuestan más al sometimiento de los débiles que al sacrificio por la libertad. En América existieron otra clase de héroes: prohombres, hijos e intérpretes extraordinarios de sus circunstancias: Washington, Bolívar, Sucre, Urdaneta, Sanmartín. La primera clase de héroes conquistaba naciones, la segunda, la americana, las liberaban.

La juventud de las naciones americanas obliga a soportar *espiritualmente* sus cimientos (proyecto de nación, “identidad”, valores nacionales, “futuro”) en raras y casi artificiales entelequias de gran valor positivo; en una conexión unilateral de las élites gobernantes de cara al pueblo. Aunque la transmisión del discurso patriótico sea unilateral, es un reactivo en las masas, quienes al final revelan la imagen, el daguerrotipo que necesitan *existencialmente* como colectivo; la cosmovisión y la “cosmogonía política” que les permite sobrevivir dentro del contrato social y político que se les ha vendido o impuesto.

En Estados Unidos, más allá de los Padres Fundadores, la entelequia elegida por el sistema de poder ha sido la democracia, la *Declaración de Independencia*, la *Constitución*, el sistema económico y el estilo de vida (*the american way of life*). Valores o principios que han permitido que desde las élites políticas y económicas se mantenga un canal de transmisión unilateral hacia las masas. En Venezuela se ha hecho una construcción relativamente tardía de todo ese entramado de valores y símbolos. A diferencia de Estados Unidos, en donde su maderamen es más

“conceptual”, en Venezuela fue más un ceremonial al culto de un hombre y una epopeya: Simón Bolívar el Libertador y la Guerra de Independencia.

Volviendo a Hegel, y al párrafo inicial, si héroes para él eran estrategias militares, emperadores e invasores, la distancia de tiempo y espacio significó una diferencia radical en las circunstancias locales y universales de los verdaderos héroes de América, con los grandes militares y emperadores de la otrora Europa. Ni su personalidad ni su contexto íntimo los hacían superiores o inferiores a otros luchadores, guerreros, estrategas y militares del orbe mundial, pero sí su época y su personalidad colectiva.

Prohombres que en América *leyeron* al pie de la letra su momento vital con gran instinto e intuición, en una época donde se quebraron una serie de cánones sagrados... personajes que cataron del Romanticismo, de la Ilustración y de los escombros que todo aquello empezaba a dejar en la vieja Europa, una idea genuina de resistencia y libertad. Esta generación ansiosa de una gloria ganada en la batalla —como antaño— pero no por la ingesta de territorios o espacios estratégicos (hinterlands), sino por la libertad política, autodeterminación e independencia de las metrópolis incomprensivas e indiferentes. Ganan la gloria así hombres como Bolívar, Sucre, Anzoátegui, Urdaneta; empero, sólo uno es víctima de esa gloria y del pueblo al que le concede como militar, estratega, pensador y político, su independencia.

Muere Bolívar expulso de su territorio natal, odiado y perseguido su partido político y condenado al destierro por los venezolanos. Esos mismos venezolanos van a verse en la necesidad, más temprano que tarde, de reivindicar la memoria de su “perverso liberador” y aprovechar al mismo tiempo para justificar un proyecto nacional: el control político de unas

élites bien plantadas, el *orden* y el *progreso* por medio del ceremonial de un culto nacional que va a hacerse en buena medida de la historiografía nacional. El culto al héroe, a su gesta, y una liturgia donde se condena al viejo imperio, a España.

Por lo anterior, y no es atrevido plantearlo, la imagen de un Simón Bolívar de talla homérica y así en lo sucesivo todas sus batallas, todo el generalato y toda la tropa patriota, empieza a explotarse en la historiografía del siglo XIX venezolano por necesidad de la redención histórica de la clase política venezolana que *traicionó* a Bolívar y que ahora gobernaba. Posiblemente por un *mea culpa* de la intelectualidad republicana, la cual —vale mencionar— en su mayoría firmó el decreto que expulsó a Bolívar del territorio venezolano, como es el caso del contradictorio escritor Juan Vicente González, para quien más tarde y lleno de culpas, Bolívar tendría “Ojos azules y color blanco, que ennegrecían los rayos de la guerra, músculos de acero, mirada soberbia y terrible, las formas elegantes y varoniles del dios de las batallas...”¹

Poca suerte tuvieron las primeras ediciones e intentos compilatorios de las distintas *Historias de Venezuela*; la aceptación fue escasa por su poca pólvora *anti-española*, como le ocurrió a Montenegro y Colón, que aunque del bando liberal en España, paradójicamente en Venezuela formó parte del cuerpo expedicionario español: “¿Cómo otorgarle autoridad alguna para escribir la historia de un país el cual había combatido? No podía sino quedar descalificado de antemano.”²

El discurso anti-español era una demanda intelectual en el siglo XIX venezolano, razón por la cual hubo un silencio general ante la publicación del *Resumen de la Historia de Venezuela* de José María Baralt, a quien se acusaba de benévolo en su análisis del período colonial venezolano y *equilibrado* en lo que concernía a las batallas por la independencia nacional.

Dirá Nikita Harwich, citando a Fermín Toro “¿Cómo pretender atribuir el calificativo de heroicas a las ‘acciones más bárbaras que recuerda la historia?’ (...)”³ Igual suerte corrió Francisco Javier Yanes luego de la edición en 1840 de su *Compendio de la Historia de Venezuela*; hubo un mutis general en la prensa de la época, condena a su obra por razones similares a la fatalidad historiográfica del *Resumen* de Baralt: no hubo un nivel de mecha anti-española suficiente como para haberse considerado cívica y patrióticamente aceptable. Para ilustrar la idea sólo basta con citar una de los motivos que alega Yanes de la independencia venezolana: “Cuando una colonia establecida en un país distante, rico y fértil llega al estado de componerse de hombres laboriosos, inteligentes y acaudalados, su emancipación es un

acontecimiento inevitable”⁴. Injusta suerte la de esta obra y su autor, quien había sido miembro del Congreso Constituyente de 1811, firmante de la Declaración de Independencia, y además, funcionario judicial y líder civil de los más respetados, en la fugaz república grancolombiana.⁵

El primer estadio historiográfico venezolano pasó de grandes compilaciones documentales a geografías de Venezuela (el *Resumen de la Historia de Venezuela* de Baralt era el complemento de la *Geografía* de Agustín Codazzi), con una historia nacional como complemento. A partir de 1821, ya cimentado el proceso de independencia, reposará en la recopilación y edición de una primera colección de *Documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia, y del Perú, Simón Bolívar, para servir a la historia de la independencia de Suramérica*. Se encargarán de ello Cristóbal Mendoza y Javier Yanes, y a la muerte del primero sólo se habían publicado 15 de los 22 tomos previstos. La tarea es acometida finalmente hasta el año de 1833, por Yanes.

Será Daniel Florencio O’Leary, edecán del Libertador, quien hará con el fondo documental que poseía tarea similar, en un primer libro de la colección *Memorias*. La tarea del edecán verá la imprenta sólo hasta 1875 y 1888, siendo traducida la obra del inglés al castellano por su hijo Simón Bolívar O’Leary, con no pocas intervenciones de Guzmán en su redacción final y edición.

Documentos para la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia será la culminación del proyecto originario de Mendoza y Yanes, auxiliados por José Félix Blanco y Ramón Azpúrua. Esta colección se completó con documentación variada de América Latina, que inclusive abordaba algunos elementos del período colonial. Entre 1875 y 1878 este proyecto verá la imprenta en 14 tomos. En 1837, Feliciano Montenegro y Colón (1781-1853), en el tomo cuarto de la *Geografía general para el uso de la juventud*, partiendo del año 1492 empieza a hablar de una historia de Venezuela hasta la Revolución de las Reformas (de 1835-1836).

Francisco Javier Yanes, además de recopilador documental, incursiona en la aventura narrativo-histórica con dos obras: *Compendio de la Historia de Venezuela. Desde su descubrimiento y conquista hasta que se declaró Estado Independiente* (1840) y *Relación documentada de los principales sucesos ocurridos en Venezuela desde que se declaró Estado Independiente hasta 1821*. La segunda debería ser la obra que completaría la primera, sin embargo, no se editó ni manejó como complemento del *Compendio* por deseos de Yanes, quien bajo la palabra testamentaria pidió que se esperase para la edición al menos 10 años posteriores a su muerte en 1842⁶.

¹ Juan Vicente González. “Biografía de José Félix Ribas” en *Pensamiento Político Venezolano del siglo XIX*. 1983. pp. 110-111. Citado por Harwich en Op. Cit. p. 652.

² Nikita Harwich Vallenilla, “La construcción de una identidad nacional: el discurso historiográfico de Venezuela en el siglo XIX”, *Revista de Indias*, vol. LIV, n° 202, Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1994, p. 645.

³ *Ibid.*

⁴ Yanes, *Compendio de la Historia de Venezuela. Desde su descubrimiento y conquista hasta que se declaró Estado Independiente*, ANH, 1944. p. 105. Citado por Harwich, op. cit. p. 646.

⁵ Harwich, *op. cit.*

⁶ “El propio Yanes comunicó largos extractos de la obra, tanto a Montenegro y Colón como a Rafael María Baralt (...) quien supervisó la publicación en París, en 1841, de los tres tomos del *Resumen de la Historia de Venezuela*, comisionado por el gobierno

Era parte de la búsqueda de una memoria colectiva que lograra unificar una idea nacional con sus fronteras para las venideras disputas, reclamaciones y laudos territoriales. Una memoria cívica ciudadana: la legitimación de un proyecto político republicano. Por un lado, era particularmente complicado hacer una historia patria que se escribía siguiendo los cascos del caballo de Bolívar y que al mismo tiempo legitimaba como una acción de *génesis patriótico* la sección venezolana del mapa grancolombino, la muerte del efímero país-continente, la *traición* ¿derivación pragmática? al proyecto más grande del héroe defenestrado.

Bolívar diverso y diversificado

Bendición y alabanza, honor, salud y gloria al inmortal Bolívar, creador de Colombia. Que al fin con sus fatigas, con su virtud heroica, entronizó en su templo a la paz venturosa (...)

Canción a Bolívar. Pro. Grueso, 1822.⁷

El Simón Bolívar de *culto* nacional se empieza a diseñar y construir tempranamente en el siglo XIX post-grancolombino. El gobierno de José Antonio Páez colabora con los primeros cimientos del culto: “relación nítida entre esa suerte de religión cívica y las gestiones oficiales”⁸, intensificado y sistematizado por Antonio Guzmán Blanco con la creación del Panteón Nacional “... en el cual sale ganando el Dios de la Nación frente al Dios del Universo.”⁹ Esta “revelación apegada a lo cierto, en comparación con otros mitos nacionales...”¹⁰ ayudaría a engrasar la maquinaria ideológica de las élites encumbradas, afanosas por la creación de una memoria colectiva afín del proyecto nacional. Comenzaba esta larga jornada con la repatriación a Venezuela de los restos del Libertador en 1842. También, cerca de la misma fecha, se decretó el día de San Simón como fiesta nacional, 28 de octubre. Era el comienzo de un calendario patriótico y bolivariano que se daba lugar en las “fiestas patrias”, otorgándole así un importante poder al imaginario del país: se edificaría la nación partiendo de una epopeya propia.¹¹ El centenario del natalicio de Simón Bolívar es un momento clave para la incorporación de toda la carga simbólica de esta política nacional de culto bolivariano. Más tarde, en los días de octubre de 1872, se llevan a cabo en la capital venezolana las “Fiestas de la Paz”, donde se celebra un grandioso desfile, se inaugura una exposición itinerante de objetos, todos relacionados a la gloria militar de Bolívar: “...su sombrero de parada, un par de charreteras, el estandarte de Pizarro, el Acta

venezolano como complemento a la Geografía de Agustín Codazzi.” Nikita Harwich Vallenilla, op. cit., pp. 639-640.

⁷ Lubio Cardozo, *Antología de la poesía venezolana escrita en la Guerra de Independencia*, Dirección General de Cultura de la Universidad de Los Andes, Mérida (Venezuela), 1994, p. 140.

⁸ Elías Pino Iturrieta, *El divino Bolívar: ensayo sobre una religión republicana*, Catarata, Madrid, 2003, p. 25.

⁹ *Ibid.*, p. 26.

¹⁰ *Ibid.*, p. 23.

¹¹ No es atrevido plantear que la obra literaria y “epopeya” nacional, cargada con todos los valores que permitirían una suerte de concreto identitario, sería la novela cumbre de Eduardo Blanco (1838-1912) *Venezuela heroica* (primera edición en 1881, segunda edición ampliada 1883), narración de las batallas más importantes de la Guerra de Independencia.

de Independencia, la llave de oro de Quispicancutl, las llaves de plata de la fortaleza de Cartagena, el retrato del Libertador, el pabellón español del Callao, una de las banderas colombianas de Ayacucho, una de las de Carabobo...”¹². En las mismas fiestas se rescata la espada obsequiada a Bolívar por el Perú de manos de su sobrina Benigna Palacios para que reposara en la Catedral de Caracas. “El momento de enorme simbolismo coloca un emblema medular —la espada de un guerrero— en el centro de la congregación nacional, otorgándole instantáneamente un sentido de pertenencia al dominio nacional a un objeto hasta entonces reservado...”¹³

“El culto bolivariano viene a llenar una carencia existencial causada por el matricidio perpetrado por los patriotas contra España, madre senil y decadente pero madre al fin y no madrastra como dijo Bolívar, el caraqueño que tenía tanto de vasco y de español. Después de la matanza de los procreadores, el padre coronado y sin poder, la madre degenerada, América quedó en una inmensa orfandad (...) De allí la necesidad de empezar en cero, de allí la búsqueda incesante de una identidad y de un modelo de vida, gobierno y cultura. De allí el clamor de Bolívar, vencido y desamparado en su agonía (...)”¹⁴

La cita anterior expresa la visión histórica y filosófica de un intuitivo revisionismo historiográfico bolivariano que venía dándose desde 1970 y continuando en la Venezuela de la fractura de los mil paradigmas (la década del ochenta) y coincidiendo con la época de otro bicentenario: el natalicio del Libertador (1983), momento histórico que además fue un hito en las publicaciones biográficas, científicas, analíticas, compilatorias, antológicas, poéticas y ensayísticas en torno a Simón Bolívar.

Sin embargo, en la década anterior ya se había comenzado a romper con todos los discursos académicos e intelectuales asumidos por un siglo que fenecía dentro de una era política agonizante en el imaginario de la sociedad venezolana. El petróleo escaseaba en los bolsillos del ciudadano de a pie, el sistema representativo se desgastaba en la medida que el país flotaba en la tempestad de la crisis económica de América Latina. Se volvía a necesitar un padre de la patria en las postrimerías de la década de los ochenta.

Vino la ruptura del modelo político bipartidista y el nuevo proyecto nacional recurre en clave de emergencia iconográfica al Libertador. La nueva propuesta política, precedida del levantamiento militar de febrero de 1992, asomaba a un Bolívar semi-revolucionario. MBR 200, en virtud de todas las coincidencias y efemérides que cumplían y cumplirían fechas redondas: doscientos años del nacimiento de Simón cuando se conforma el movimiento en las entrañas del Ejército, o, a la vez, la cercanía a los doscientos años del

¹² Parte del *programa oficial de la celebración* (27 y 29 de octubre de 1872) en: “Ceremonial de un culto nacional”, en *Memorias de Venezuela*, N° 8, abril 2009, Caracas, pp. 28-29.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ Juan Liscano, *Bolívar, el otro*, Fondo Editorial Lara, Barquisimeto, 1985, pp. 62-63.



primer paso formal a la Independencia con el desconocimiento del mando del vasco Emparan un 19 de abril hace 200 años...

Sin caer en el análisis político del uso de la imagen de Bolívar hoy por hoy, es cierto, también, que la imagen colectiva de Bolívar en los setenta y ochenta, dormía plácidamente en la Academia; incluso, podríamos decir que Bolívar era tal vez, con suerte, un miembro de número más de la Academia Nacional de la Historia. Es verdad que el discurso oficial ha usado de manera exagerada a Simón Bolívar (muchísimo más la imagen, el ícono, que otra cosa), no obstante, no ha sido tan deformada, como se acusa, la interpretación histórica del mensaje general del Libertador. Se han añadido en el discurso oficial preceptos y elementos de otros idearios políticos, pero se ha utilizado justo lo necesario del ideario bolivariano para las intenciones políticas del gobierno: independencia y anticolonialismo, justicia social a través de las leyes de la República, la obligación del Estado de proveer la mayor suma posible de felicidad al pueblo que gobierna..., generalidades que por ser vagamente usadas, no son distorsionadas. A Zamora, por ejemplo, se le maneja hoy día tal cual lo hizo Guzmán Blanco en su momento, ni más ni menos.

Vale comentar el hecho historiográfico actual, producto de la utilización de Bolívar desde los castillos del gobierno. La clase intelectual, académica, universitaria, ha respondido al gobierno, en la misma medida exagerada respecto al uso del Libertador, haciendo énfasis en los momentos políticos graves del primer caraqueño, como el Decreto de Guerra a Muerte (1813) o el fusilamiento de Piar (1817) o la dictadura (1828-1830), y escarbando ahí alguna estrafalaria ucronía.

Ha sido una aberración el hecho de que un reconocido escritor e historiador venezolano tildara de ramera a la gran Manuela Sáenz Aizpuru, en respuesta a los actos oficiales de transportar

al Panteón Nacional tierra de Paita. Un historiador, consecuente con su oficio, irreprochablemente podría alegar una crítica ante ese evento desde el punto de vista histórico, sin faltarle el respeto a la extraordinaria figura histórica de Manuelita Sáenz, libertadora del Libertador. En su momento criticó el traslado simbólico de Manuela al Panteón Nacional, pues primero debían ser llevados de la Catedral de Caracas los restos mortales de doña Teresa Rodríguez del Toro Alayza y Medrano al Panteón Nacional junto al Libertador, por tratarse esta madrileña de su única esposa, por la que él juró jamás volver a casarse. Asimismo, guarda ella la principal clave histórica de la Independencia de América del Sur, dado que por su desaparición física, en términos del mismo Bolívar, él dejó el carro de Ceres para tomar el de Marte, de la guerra, por la Libertad de Venezuela y del continente.

La exhumación de los restos mortales del Libertador, paradójicamente, no levantó ninguna tormenta, ninguna crítica sólida, consistente, en estos mismos centros del pensamiento: ni desde la Academia, ni desde la Universidad, hecho curioso.

Debo decir que en Simón Bolívar subyace algo más allá del daguerrotipo de un héroe-santo, como se ha planteado desde finales del siglo XIX venezolano. En el Libertador subyace nuestra carta histórica de cara al mundo, a los otros mundos que nos ven y nos interrogan en un plano espiritual, existencial, cosmogónico... Bolívar ha sido nuestra forma de mantener sustentada la idea de nación venezolana, y tres cuartos de lo mismo en gran parte de América del Sur. Bolívar es nuestra invención de la rueda, de la escritura, del álgebra... Bolívar es nuestra batalla de las Termópilas, nuestra Alejandría, nuestra decapitación de Carlos I de Inglaterra, nuestra Revolución estadounidense, nuestra Revolución francesa, nuestra Declaración Universal de los Derechos del Hombre, nuestro Día *D*... todo eso más él mismo, porque en él subyacen las fuerzas ya desatadas de Venezuela, así como las fuerzas que en potencia hierven "... y despiertan cada cien años cuando despierta el pueblo...", como diría Neruda. Pero ante ese hecho, la exhumación, cuando veía que el sarcófago se abría, es cierto que intuía algo contrario al deber ser bolivariano: profanaron el nicho de la heroicidad venezolana, el nicho de lo que nos reunía como un pueblo, en teoría, invencible... el nicho donde comulgaba la historia y la cosmogonía de lo venezolano, *la venezolanidad* en su expresión más virtuosa. Ver la osamenta geométrica del Libertador fue como arrebatarse el velo a un rostro que en su secreto nos otorgaba todas las respuestas como nación-pueblo.

Sin embargo, las academias y universidades venezolanas, ante ese hecho optaron por un silencio aquel día... callaron tímidamente. Como decía la gran poeta colombiana María Mercedes Carranza: "*porque no todos los ríos van a dar a la mar/ algunos terminan en las academias (...) lo que es también morir*"¹⁵

¹⁵ María Mercedes Carranza, "De Boyacá en los Campos", *Poesía Completa*, Casa de la Poesía Silva, Bogotá, 2004.

Rumbos de la nueva historiografía bolivariana

En virtud del Bicentenario, concluyo esta mirada historiográfica general, crítica, con un brevisimo pasaje de la historia de la primera juventud de Simón Bolívar, el hombre, antes de ser el héroe. Presento un documento desconocido del primer caraqueño universal, que lleva previamente un análisis histórico, el cual complementa un vacío en la historiografía de las mocedades de Bolívar durante su primera España. Este hallazgo forma parte de mi libro inédito, *La primera España de Simón Bolívar, 1799-1802*.

Con casi 16 años zarpó Simón Bolívar de La Guaira el 19 de enero de 1799, como pasajero del navío real *San Ildefonso*, capitaneado por el guayaquileño don José de Uriarte y Borja. Sería el primer viaje a Europa del futuro Libertador. La travesía haría escalas en Veracruz —de donde Simón iría en una visita fugaz a la ciudad de México—, La Habana y finalmente atracaría en Santoña, de donde el joven marcharía hasta la villa y corte de Madrid.

La capital del imperio español representó para Simón vivencias cardinales en su primera juventud, una juventud que descubriría al hombre antes que al héroe: por complejas razones políticas y cortesanas, sus tíos Esteban y Pedro Palacios son rechazados en el universo de la corte imperial, pagando cara la amistad con el entonces Ministro de Estado Francisco de Saavedra (antiguo intendente de Caracas) y con el payanés Manuel Mallo (valido de la reina y amigo de infancia de los Palacios en Caracas), por lo que sufrieron destierro y prisión, quedando Simón en una suerte de desamparo.

Sería entonces el marqués Gerónimo de Uztáriz, caraqueño y alto funcionario del gobierno español, quien le daría hospedaje, amistad y educación, fungiendo como uno de sus más importantes —y verdaderos— maestros. En casa de Uztáriz, en el verano de 1800, Bolívar conoció a doña Teresa Rodríguez del Toro, su futura y única esposa. Hasta este momento la historiografía bolivariana maneja con acierto la cronología de este primer viaje de Bolívar, y a partir de aquí comienzan las suposiciones y leyendas como el “incidente de la Puerta de Toledo” y su situación ilegal en Madrid: supuestos motivos para su viaje a Bilbao. Después de una intensa investigación de este “año velado de Bolívar”, 1801-1802, ahondando en su escaso epistolario de la época, el de los tíos Palacios y el de los Condes de Villares (inédito), más una profusa requisa en los protocolos notariales de varios archivos históricos españoles, hemos logrado reconstruir este periplo vasco, cántabro y francés, llenando los vacíos y las interpretaciones erróneas dada la escasa documentación conocida.

Simón marcha a Bilbao tras los pasos de Teresita por razones familiares, no políticas, el 20 de marzo de 1801, a las diez de la noche, con la intención de casarse. Ahí se hospedó en la casa del caraqueño don Pedro Rodríguez del Toro, hermano del marqués del Toro, futuro general de la Independencia, una familia mantuana con intensos lazos de amistad con el

Madrid, la capital del imperio español, representó para Bolívar vivencias cardinales en su primera juventud, que descubriría al hombre antes que al héroe

futuro Libertador. Teresita viajó con su padre, don Bernardo, para hacerle compañía a su primo, don Pedro y a su esposa Pilar, quien agonizaba de fiebres terciarias en la villa vasca. El joven Bolívar les acompaña en un gesto de solidaridad con su “nueva” familia en España: los Rodríguez del Toro y los Alayza.

El 29 de diciembre del mismo año, desde Bilbao, Simón le escribe una carta a su tío Carlos Palacios en Caracas para que le envíe a cuenta suya 200 fanegas de cacao, lo que se traduce en las medidas de la época en diez toneladas de la preciada semilla, a nombre de su futuro suegro, don Bernardo. Los autores hasta la fecha habían planteado que ese importe podría deberse a deudas que Simón tenía (recuérdese que la situación de él era ciertamente precaria, sus dos tíos alejados a la fuerza de Madrid, confinados y presos) para gastos de manutención, procuradores, etc. Pero hemos encontrado un documento inédito en el Archivo Histórico Provincial de Cantabria que nos da nuevas luces en esta etapa del futuro Libertador.

En los diversos estudios de Bolívar se ha citado una fuente notarial, donde él le confiere poder a don Pedro Rodríguez del Toro para que le represente y así casarse por poderes, a “distancia”, con Teresita; el documento que hemos encontrado, desconocido hasta hoy, además de ser un poder otorgado (a diferencia del conocido) a su futuro suegro, don Bernardo, trae datos aunque breves, fascinantes: por un lado se observa la impronta impetuosa que Bolívar le transmite a la propia redacción del escribano, contraviniendo las formas propias de estos protocolos: “...según orden de la Santa Madre Iglesia Católica Romana, celebren verdadero y legítimo matrimonio con la expresada doña María Teresa Rodríguez del Toro... precedidas las tres Canónicas Amonestaciones que el Santo Concilio de Trento dispone *lo sin ellas*/ con dispensación...” La frase entre dos barras resaltadas “o sin ellas”, es un evidente desacato que se permitieron en la redacción del poder, pues era una especie de *con las amonestaciones o sin ellas, igual me caso con Teresa*.

Por otro lado, llama poderosamente la atención: “con dispensación... del pequeño parentesco que media entre los contrayentes, realizando hasta conseguir... las diligencias oportunas...” pues por una carta a su amigo Dehollain, Bolívar sugiere que Teresita es prima suya, lo cual según los historiadores era un parentesco producto de la afinidad (o al menos, no se ha aclarado hasta hoy) de las dos familias mantuanas de la Caracas colonial, los Rodríguez del Toro y los Bolívar; sin embargo, si se solicita la dispensación real en

este documento, es que había un parentesco más allá de la afinidad entre las dos familias caraqueñas.

Finalmente, haciendo cuentas, una vez recogida la cosecha de cacao (un mes) que se pretende enviar desde La Guaira, un barco podría tardar en un escenario ideal entre veinticinco y treinta días hasta un puerto al norte de España, más veinticinco días que tardara en llegar a Caracas la epístola pidiendo el envío de cacao al mencionado tío Carlos, da justo el tiempo para que Simón estuviera el 30 de marzo de 1802 en Santander haciendo operaciones notariales al respecto. En el poder hallado, entre los tres testigos firmantes destaca Manuel María Elzaburo, quien tenía la hacienda El Rosario en San José de Caruao, zona cacaotera por antonomasia a finales del siglo XVIII, por lo cual no sería aventurado plantear que Simón finiquitaba la cuenta de la valiosa semilla que a través de él enviaba el tío Carlos Palacios, con el fin específico de hacer la donación *propter nupcias* de cien mil reales de vellón en calidad de arras a Teresita.

Se encuentra Bolívar en Santander entre el 30 de marzo hasta mediados de abril, arreglando los últimos detalles de su matrimonio. Por último, citamos un fragmento del documento inédito para dar por terminada la ficción de que Bolívar temía ir a Madrid por razones legales, lo cual le forzaba a casarse por poderes: “y que por hallarse próximo [Bolívar] a su embarque con destino a dicha ciudad de Caracas no puede asistir al desposorio”. No eran temores a ser apresado en Madrid, esperaba abordar un barco con Teresita, lo que al final postergaron. Véase la rúbrica del futuro Libertador, tomando en cuenta que a la fecha tenía apenas diecinueve años.

Anexamos la transcripción del documento original, más la única firma conocida de doña Teresa Rodríguez del Toro, encontrada por nosotros en el Archivo Histórico Provincial de Vizcaya:

En la ciudad de Santander a 30 de Marzo de 180216; ante mi el Ynfrascrito Essno y tgos, presente dn Simon de Bolibar y Palacios, hijo lexmo. de don Juan Vizente Bolibar y de da Maria de la Concepcion Palacios, ambos difuntos natural de la ciudad de Caracas y residente al presente en esta Ciudad Dixo: que por quanto para serbir a Dios nuestro Señor tiene tratado de casarse con da Maria Teresa Rodriguez del Toro, doncella hija legitima de dn Bernardo Rodriguez del Toro y da Benita Alaisa, natural y vecinos de la Villa y Corte de Madrid, y que por allarse proxmo. a su embarque con destino a dha Ciudad de Caracas no puede asistir al Desposorio, para el qual le prestó su licencia y vendicion su tio dn Pedro Palacios residente en la Ciudad de Cadiz, a primero de Septre del año pasado de milochocientosuno, en la fee del Essno de aquel numero dn Ramon García de Meneses: Con el fin de que tenga efecto, é instruido de lo que le



compete, de su libre voluntad otorga que da todo su poder Cumplido, lleno y bastante, el necesario en dro a dho dn Bernardo Rodriguez del Toro quien representando su persona, y en su nombre de despose por palabras de presente que según orden de la Santa Madre Yglesia Catolica Romana, Celebren verdadero y lexmo Matrimonio con la expresada da Maria Teresa Rodriguez del Toro su hija, precedidas las tres Canónicas Moniciones que el Santo Concilio de Trento dispone /o sin ellas/ con dispensacion de quien la deva dar y lo mismo la del pequeño parentesco que media entre los contrayentes realizando hasta conseguirlo las diligencias oportunas; Y otorgandole por su Esposo y marido la reciba por su Esposa y mujer; que el exponente desde luego la otorga y recibe por tal aprobandolo todo y queriendo tenga la misma firmeza que si el mismo lo hiciese hallandose presente; pues para lo incidente y dependiente le da poder tan bastante que por falta de el no deje de tener Cumplimto. Lo dho: Se le da tambien a las justicias de S.M. competentes para que le apremien por todo rigor legal a su observancia como por sentencia pronunciada consentida y pasada en Juzgado renuncio todas las leyes fueros y privilegios y dros de su favor y lo firmo a quien doy fee conozco siendo tgos Dn Manuel Maria el Zaburu, dn Franco. Quiros y dn Franco. Xavier Franco vecino residente y natural de esta Ciudad de que Certifico.

*Simón Bolívar [firmado y rubricado]
Ante mi d. Pedro Frm. Nieto [firmado y rubricado]
Nota {Puse copia dho día en sello} ☑*

Alejandro Cardozo Uzcátegui (Mérida, 1978). Historiador y politólogo venezolano, con estudios en la Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela. Magister por la Universidad del País Vasco y actualmente doctorando e investigador de la misma Universidad. Asiduo colaborador de *Archipiélago* y de distintas revistas de Ciencia Política e Historia de Venezuela. Autor de los poemarios *Durmiendo la calle* (2008), *Con esta palabra descubro* (2010) *Breviario del lugar* (2010), así como del capítulo de Venezuela en el libro colectivo *Los vascos en las Independencias Americanas*, (Oveja Negra, Bogotá, 2010). Su más reciente libro, *El año velado de Simón Bolívar. Bilbao 1801-1802* (2010), fue editado en España por la Diputación Foral de Bizcaia y el Museo Simón Bolívar del País Vasco. Reside en Euskadi desde 2008.

¹⁶ Archivo Histórico Provincial de Cantabria. Protocolos notariales.